

Consideraciones generales acerca del Carnaval en el País Vasco

JUAN GARMENDIA LARRAÑAGA *

El alma de un pueblo se expresa de muy diversas maneras, y de forma particular en las fiestas religiosas y profanas, algunas de raíz muy antigua.

Cuando Mesonero Romanos se pregunta al comentar el Carnaval y el Miércoles de Ceniza del año 1839 en Madrid: *¿Creéis conocer al hombre cuando sólo pintáis sus excepciones?*, (1) responderé, y esto lo señalo en el prólogo a mi libro *Carnaval en Navarra*, que es precisamente en esas excepciones cuando se descubren mejor que nunca el alma, y la personalidad de un pueblo, y en esta línea se hallan las aludidas celebraciones de distinto signo.

En más de una ocasión hemos comprobado que el juicio que nos merecía una persona de trato frecuente o cotidiano era erróneo, debido a su conducta ante una situación o un hecho que escapa a la relación normal. Rectificación en sentido favorable, a veces, o rectificación envuelta en desengaño, en hartas ocasiones. Al respecto, nuestra última guerra fue pródiga en enseñanzas en ambos sentidos.

Sin mucho errar se puede afirmar que la despedida del año enlaza con lo que denominaré el dilatado tiempo de las carnestolendas, que por lo general, ahora, entre nosotros, tiene de pared de fondo o frontis a la Cuaresma.

De mí, doña Cuaresma, justicia de la mar, alguacil de las almas que se habrán de salvar, a ti, Carnaval goloso, que nunca te has de hartar, el Ayuno en mi nombre te va a desafiar, nos dice el Arcipreste de Hita (2).

Un Carnaval que enlazaba con la presencia y el recuerdo vivo de la Cuaresma, era el de la villa navarra de Mañeru. Estos carnavales comenzaban el Domingo de Quincuagésima o Domin-

(1) Mesoneros Romanos: *Escenas matritenses por el Curioso Parlante*. Edic. Romargraf, S. A. Hospitalet de Llobregat, 1983, p. 178.

(2) Arcipreste de Hita: *Libro de Buen Amor* —Séptima Edición— Editorial Castalia "Ordres Nuevos" (1968). *De la pelea que tuvo don Carnal con la Cuaresma*, p. 164.

go de Carnaval. En la tarde del Martes de Carnaval las horas corrían y la fiesta proseguía; pero la algarabía callejera daba paso al sereno y sosegado canto de la aurora a las seis de la mañana.

Los *auroros* de Mañeru recorrían el pueblo. Uno de ellos era el campanero o campanillero, y con tres toques de campanilla iniciaban el canto y con otros tres lo concluían.

Los *auroros* salían todas las mañanas, desde la festividad de San Miguel —el 29 de septiembre— hasta el Domingo de Pascua de Resurrección. En el resto del año lo hacían únicamente los domingos y en las jornadas festivas, así como en los tres días de las rogativas anteriores a la Ascensión. El canto de la aurora quebraba el silencio de la calle, el Miércoles de Ceniza el *auroro* llamaba a los vecinos en reposo:

<i>Despierta hombre, despierta,</i>	<i>entre la podre y gusano</i>
<i>despierta para tomar</i>	<i>hasta el Juicio Universal.</i>
<i>la ceniza en la cabeza,</i>	<i>No desprecies este aviso</i>
<i>y allá podrás contemplar</i>	<i>que el Señor te viene a dar,</i>
<i>que al cabo de poco tiempo</i>	<i>despierta como te digo</i>
<i>en el polvo has de parar,</i>	<i>vamos a misa a rezar.</i>

¡Ay, Miércoles de Ceniza, qué triste vienes, con cuarenta y seis días, todos son viernes!, entonaban los mozos de la localidad alavesa de Heredia, en la cuestación que llevaban a cabo el Miércoles de Ceniza (3).

Enhiliaremos un poco nuestro empeño, si bien, aunque así no lo hiciésemos creo que seríamos perdonados por la naturaleza del tema que nos ocupa. Carnaval/desorden.

Apenas iniciado el año entramos en el período de Carnaval, que en el País Vasco ha recibido distintos nombres.

En más de una ocasión he asistido a los *ioteak* o carnavales que el día 6 de enero, *Erregenetan*, se festejaban en el pueblo de Intza, en el Valle navarro de Araitz. Carnavales, éstos de Intza, donde antiguamente no faltaba en el *antzara jokue* o juego de gansos. Estas aves las traían, por lo general, de la Ribera de Navarra, y el cometido corría a cargo de un joven que se desplazaba y volvía aprovechando una de las galeras que a la sazón cogía de paso.

José Blanco White al hablar del Sevilla de 1806 nos dice que: *De acuerdo con la antigua costumbre que permite un temprano comienzo de las diversiones que preceden a la Cuaresma, en este día 20 de enero, Fiesta de San Sebastián, se anuncia el principio del Carnaval. Pero poco queda ya de aquel viejo humor que buscaba amplio desquite a la forzada austeridad que había de observarse durante el gran ayuno anual. A juzgar por lo que vi y oí en Sevilla en mi niñez, la generación anterior a la mía era muy aficionada a*

(3) Juan Garmendia Larrañaga: *Carnaval en Navarra*. Haranburu editor, S. A. —San Sebastián, 1984, pp. 184/186.

diversiones bullangueras, poco diferentes de las de los niños, y empleaba el tiempo en juegos más señalados por su alegría espontánea que por su espectacularidad o buen gusto, aunque no hubiera en ellos nada de grosería o incorrección. (...). El Carnaval propiamente dicho se limita al Domingo de Quincuagésima y a los dos días siguientes, período que las clases bajas pasan bebiendo y alborotando por las calles de los barrios más humildes (...). Más adelante, prosigue Blanco White: Las familias ricas dan un baile y una cena a los amigos de la tertulia, que se suele celebrar en uno de los tres días del Carnaval propiamente dicho (5).

He procurado seleccionar la parte del texto de este interesante escritor andaluz, que mejor refleja cómo era, en una visión general, un Carnaval urbano de una ciudad importante, en los albores del siglo XIX.

Por la importancia que tenía en los pueblos la organización corporativa, la presencia pantomímica de los distintos oficios o trabajos manuales no podía faltar en el escenario festivo del Carnaval, como lo corroboran los versos que compuso Juan Ignacio de Izueta en 1845, al *Iñauteria* o Carnaval de Tolosa. Veamos parte de la composición poética del coreógrafo de Zaldibia, que lleva este título:

*Tolosako gazteria prestu leialak 1845 garren urteko zaldun-
iñaute egunean beren erriko languin maisuak irudikatuaz plazan
eguitera dijoazen jostallu atseguingarria.*

A modo de presentación dice:

*Zaldun-iñote egun gozo au
dutelako guztiz pozgarria,
jostaldiatu nai genduke guk
maite degun jaiotz-erria,
izanik bada Iñoteria
apropos artako jarria.*

*Kantuz plazara
gatoz dantzari
gaur Tolosa-ko
gazteria.*

A continuación se citan distintos oficios, recordándoles su respectivo menester.

I

*Guraiza txorrotxalle
eta tonelguiña,
erakustera datoz
beren lan eguiña;
izan ezkeroztanik
merkea ta piña,
salduko da Tolosan
nai duten adiña.*

II

*Dendari abilla ta
arotz jakinsuna,
ba dakigu Errira
etorri zaizkuna;
modara apaintzelo
auxen da fortuna
bientzako Tolosa
txit da leku ona.*

(4) Juan Garmendia Larrañaga: *Carnaval en Alava*. Haranburu editor, S. A. -San Sebastián, 1982, p. 58.

(5) José Blanco White: *Cartas de España*. Alianza Editorial, S. A. Madrid. Segunda edición, 1977, pp. 203, 207, 209.

IV

*Errementaria eta
perra ifinlea
bata gain-gaiñekoa
bestea ohea;
ezagutuko dute
agudo ordea,
burni ta mandoaren
matxura gordea.*

V

*Zapataguiñarekin
eun-kolaria,
gau ta egun oi dago
neker jarria;
langintza mea dute
baiñan txit garbia,
ustelak eypadira
larru ta arria.*

*Pertz-arabatzalle ta
txokolateguiña,
gueiñean ba dute
oek zer eguiña;
bata nekatu arren
bestea adiña,
irabazia dute
gutziz desberdiña.*

(El afilador de tijeras y el tonelero vienen a enseñar sus trabajos, puesto que son baratos y bien hechos venderán en Tolosa cuanto quieran).

(El hábil tendero y el sabio carpintero sabemos que han llegado al pueblo; es una suerte para adecentarlo a la moda, Tolosa es un buen sitio para los dos).

(El herrero y el herrador, si el uno es bueno el otro es mejor; pero pronto conocerán éstos el hierro y el escondido mal del mulo).

(Con el zapatero, el tejedor está acostumbrado a cansarse día y noche; tienen el trabajo fácil pero muy limpio, al menos si no están podridos el cuero y la piedra).

(El calderero y el chocolatero casi siempre tienen trabajo; pero aunque se canse uno tanto como el otro, la ganancia tienen muy distinta) (6).

Entre nosotros el 2 de febrero, festividad de la Candelaria, no se halla lejos del corazón del invierno, y no me parece fecha apropiada para que el hombre y el animal hibernante se hayan tomado la molestia acerca de la perspectiva que ofrece el tiempo, como se ha dicho y puede ser de recibo en otros pagos. Recurramos al refranero, que dice: *Kandelari otza, neguaren biotza* (Frio en la Candelaria, es el corazón del invierno). *Kandelari bero, negua da gero* (cuando el día de la Candelaria es caluroso, el invierno luego).

El día de la Candelaria se han celebrado los carnavales o *ioteak* de los pueblos navarros de Gaintza y Uztegui, y hasta hace

(6) Publicados por José Garmendia Arruebarrena, estos versos los conocemos en *El Diario Vasco* del 6 de febrero de 1970. Junto con su traducción figuran en mi libro *Iñauteria. El Carnaval Vasco. Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, S. A.* —San Sebastián, 1973, pp. 255/257.

unos cincuenta y cinco años obligado número festivo solía ser el juego de gansos o *antzarre jokue*.

La cuestación corría a cargo de los jóvenes y la llevaban a cabo el primero de febrero. Antiguamente con música de txistu, que fue sustituido por el acordeón. A aquellos txistularis, como eran *Ezkerra* o *Miltxo y Arrazti* —conocidos por los nombres de sus caseríos— y Juan Antonio Sarasola, del caserío *Zumitzketa* de Bedaio, a quien llegué a conocer y le tengo dedicado un pequeño artículo en una revista, les sobraba el pentagrama. Al igual que a Atxukarro, de Berastegi, que era asimismo boyero, y allá por el año 1934 transportó desde Oreja a la ferrería *Azkue la Nueva* o *Pertzola* de la villa guipuzcoana de Ibarra el último eje grande o *ordatz aundie* de madera. Como he apuntado, Atxukarro era txistulari, con la particularidad que el instrumento lo manejaba con la derecha.

Aunque sin postulación, en Uztegui siguen celebrando el Carnaval el 2 de febrero.

La letra que se ha escuchado en la cuestación de *Otsabilko* o *Jueves Gordo* de Ataun, y que la conocí primeramente por un trabajo de José Miguel de Barandiarán, me recuerda a la que tengo recogida en Mutiloa y que cantada en la postulación llevada a cabo el 2 de febrero, decía:

*Andre Mari otsailko, otsaieko
Nik otso bizia ilko,
Okela bat eta okela bi
Nere burrunxia bete bedi.*

En Ataun pedían al canto de:

*Otsabilko, otsabilko, ni basoa jun da otso aundi bat ekarriko,
ekarriko. Nei lukainka mutur bat emate ez diñai, tripati aurrea
burruntzie sartuko, sartuko (7).*

Y puesto que nos fijamos en la celebración del *Jueves Gordo*, *Jueves de Lardero*, etc., prólogo festivo que precede al Domingo de Quincuagésima, veremos seguidamente cómo se celebró en Bayona el año 1851, en referencia que me llegó por deferencia de mi amigo Pedro Elosegui Irazusta. Se trata de unas nuevas recogidas *in situ* por José Nicasio Casal y Anchuelo.

“Observamos desde muy temprano en este día, que en todas partes es ya como preludio del alborotador Carnaval que le sigue, cierta concurrencia extraordinaria de gente por las calles, lo que me hizo pensar si sería de Francia día festivo, aunque sabía que allí no hay más fiestas que los domingos. A poco, los acentos de una música de instrumentos de aire que se aproximaban nos hizo

(7) José Miguel de Barandiarán: *Anuario de la Sociedad de Eusko-Folklore* —II, 1922, *Fiestas populares*, p. 136.

acudir a los balcones, desde donde vimos un espectáculo nuevo para nosotros.

Una porción de hombres con boinas (que usan todos los vascos) cubiertas de vistosos lazos de cintas, de colores, o con sombrerillos de paja cubiertos de flores, o vestidos de blanco con adornos de cintas; finalmente, de extrañas maneras, pero limpios y aseados hasta no más, venían precedidos de sus músicos, también vestidos del mismo modo, y llevaban en medio dos o tres parejas de bueyes, los más hermosos y escogidos, los cuales iban no menos adornados con raros y vistosos caprichos. Unos con los cuernos dorados y el cuerpo salpicado de estrellas de plata y oro. Otros con mantillas de grana de anchas cenefas doradas, de que pendían grandes borlas de los mismos, llevando en sus cabezas bonitas coronas de flores de mano; y todas las parejas unidas con ligeros yugos cubiertos también de flores y verdes hojas. Toda esta comitiva se detenía por intervalos delante de algunas casas, y allí tocaban un rato.

No poco nos divirtió esta nunca vista función, pues si toda novedad agrada, mucho más la que se disfruta en país extranjero. Era, pues, la fiesta de los abastecedores de carne, que en el día de Jueves de Sexagésima o Jueves Gordo, como vulgarmente se llama, tienen costumbre de ir ostentando por toda la ciudad las mejores reses y las engalanan de este modo y entretienen a la población entera, pues circulan en todas direcciones y por toda la ciudad diferentes cuadrillas y a competencia se esmeran para sobrepujar en adornos y más que nada en presentar mejores reses.

Nosotros vimos desde casa y dondequiera que fuimos aquel día, muchas comparsas con sus músicas y sus bueyes ataviados con cintas, con lazos, con canastillas de flores, con coronas, todas poco más o menos como llevo dicho.

—He aquí una función bien inocente y que divierte mucho a esta gente. Dije yo a mi sobrino.

—A mí también me divierte mucho, me contestó; pero creo que aquí debe haber mucha farsa, porque estas procesiones tienen mucho de eso.

—No tanto, no tanto, le repuse; es cierto que van todos con un día tal de importancia, que parece están ejecutando la cosa más formal del mundo; pero son costumbres de pueblos que debemos ver y conocer sin criticarlas; pues si escudriñamos las de todos los países por sensatos y juiciosos que sean, veremos cosas bien raras que nos chocarán y que acaso nos parezcan ridículas. Esta fiesta al menos es bien pacífica, bien sencilla y ¡ojalá! que todas las fiestas populares fueran como ella.

Tal fue el espectáculo que Bayona nos ofreció el Jueves Gordo.”

No olvidaremos que el 2 de febrero es la fiesta de la Purificación. La purificación me asocia al fuego.

“Que a mí me sobra en Toledo
 Donde vivir, sin que tenga
 Que rozarme con traidores
 cuyo solo aliento infesta.”
 “Y en cuanto él deje mi casa,
 Antes de tornar yo a ella,
 Purificaré con fuego
 Sus paredes y sus puertas” (8).

El fuego ha estado presente en las celebraciones más importantes del hombre, la hoguera saluda al verano, el fuego se enciende para despedir el año y la fogata no ha faltado en Carnaval.

En Méjico, los indios chamulas observan el rito de purificación, que lo llevan a cabo de manera importante en Carnaval, y que consiste en correr sobre el fuego hasta apagarlo con los pies. Como fin de fiesta sacan varios toros para ver quién puede montarlos o es derribado.

En Alava, en el Carnaval de Eguino quemaban unas ulagas y unos mozos bailaban mientras otros saltaban por encima de la fogata.

Los jóvenes de la aldea alavesa de Galarreta, saltaban sobre el fuego de Carnaval.

En los carnavales de Nanclares de la Oca, los mozos se movían incansables y de manera ininterrumpida en derredor de la hoguera, y envueltos en la oscuridad de la noche producían un espectáculo muy carnalesco. Al mismo tiempo, los mayores, hombres y mujeres, se entretenían en animada conversación al calor del fuego.

En la plaza de Ollabarre bebían el vino de un pellejo, que, después, colocado en el extremo de un varal lo quemaban en la hoguera de Carnaval.

En Tolosa, en los carnavales o *iñauteriak* de 1840 se encendieron varias fogatas, y sabemos que otro tanto se hizo en años sucesivos.

El día de la Candelaria declina y pasamos la hoja del calendario. El 3 de febrero es San Blas.

San Blas nos evita las afecciones de la garganta, y esto nos relaciona con el mundo del canto y con el disfrute de la buena mesa, tan presentes en Carnaval.

El 5 de febrero es el día de Santa Agueda, presente en la leyenda y en el mito. La festividad de la Santa martirizada nos llega con periodicidad rigurosa identificada con la celebración del Carnaval. Cada once años el Domingo de Quincuagésima se fija el 5 de febrero.

(8) Duque de Rivas: *Romances* —II—. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1965, pp. 16 y 17.

En razón del Carnaval o en costumbre más generalizada, celebrando la víspera de Santa Agueda, común a muchos pueblos es la cuestación que se realiza en la tarde/noche de este día.

Poco conocido es el siguiente saludo de la postulación del 4 de febrero, que lo conservo entre mis fichas y que no se escucha en la villa de Amezketeta, desde hace unos sesenta años.

Santa Ageda bezpera, beti onela ez gera, elbarrendarrak (Nombre que reciben los que habitan en el barrio de *Elbarrena*) *alkar artuta atera gera eskera. Alkar artuta* —formando grupo— decían, prueba de solidaridad de la cual se podría hablar mucho. Ahora me limitaré a señalar que desde los períodos más antiguos, la vida en sociedad —de la que me volveré a fijar más adelante— ha sido una de las constantes de la humanidad. La solidaridad se manifiesta tanto en cuanto se mantiene unida una sociedad. Y esta consideración abarca el aspecto festivo, donde ocupa su lugar la celebración de signo carnavalesco.

La cuestación con el txistu y atabal eran familiares a la vista y al oído de las comunidades rurales, especialmente; pero la interpretación de estos instrumentos musicales ha sido, y es, muy cultivada en nuestras villas de carácter urbano y en las ciudades. De otra manera cómo explicar la popularidad y el aprecio que la villa de Bilbao dispensó al txistulari Francisco María de Arsuaga y Letamendia, más conocido por *Txango*. *Txango* nació en Tolosa en el año 1800, y fue tamborilero municipal de Bilbao, desde los veinticinco años hasta su fallecimiento en 1881.

Conozcamos ahora parte de un contrato de aprendiz de tamborero. El documento no deja de ser curioso y está fechado en Tolosa, el 18 de marzo de 1799.

“En esta villa de Tolosa, a dieciocho de marzo de mil setecientos noventa y nueve, ante mí el escribano Real y del Número de ella y testigos, Martín José de Ontoria, vecino de la misma, dijo que tiene un hijo llamado José Donato y ha determinado ponerlo en casa de Juan Miguel de Escamendi, músico juglar asalariado de la ciudad de Fuenterrabía, residente en ella, el cual se convino en admitirlo por su aprendiz, y para que tenga efecto (...) entrega dicho su hijo al mencionado Juan Miguel de Escamendi, por su aprendiz, a fin de que le enseñe los oficios que se expresarán en el tiempo y con las condiciones siguientes:

Que en el discurso de cinco años que cumplirán en 18 de marzo de 1804, mediante el expresado Juan Miguel, sabe también el oficio de tambor, le haya de enseñar perfectamente sin ocultarle cosa alguna, de suerte que al fin de los cinco años esté corriente y capaz en dicho oficio de tambor; y para que aprenda ha de poder corregirlo y castigarlo prudente y moderadamente, sin herirlo ni lisiarlo, pena de los daños, y si lo hiciere o maltratare ha de ser motivo suficiente para sacarlo de su poder.

Que además de ello ha de hallar el mismo Escamendi al referido José Donato, en la indicada ciudad de Fuenterrabía,

maestro de obra prima que en el tiempo prefijado de los cinco años le enseñe el oficio de zapatero perfectamente, sin ocultarle cosa alguna, así de teoría como de práctica (...).

Que será de cuenta y cargo de Martín José el vestido que necesitare su hijo Donato, a excepción del calzado, que lo será del dicho Escamendi.

Y habiéndose enterado (...): dijo que recibe por su aprendizaje al enunciado José Donato, y se obliga a enseñarle el oficio de tambor con toda perfección y a hallarle también maestro de obra prima que también le enseñe este oficio, en los términos suso asentados (...)" (9).

En las memorias de Hector Berlioz se puede leer: "¡Quién se atrevería a desconocer en esta elección juiciosa el impulso de la naturaleza, que me empujaba hacia los más inmensos efectos orquestales y hacia la música grandiosa! ¡La flauta, la guitarra y el flautín!... Nunca poseí otros talentos para el virtuosismo, pero éstos me parecen ya muy respetables.

Aunque no, soy injusto conmigo, porque también tocaba el tambor".

Mas este genio universal de la música no se recata a la hora de emitir los juicios más adversos acerca del Carnaval.

"Me sentía lleno de malos instintos como un dogo encadenado —escribe este músico francés nacido a comienzos del pasado siglo—. Los esfuerzos de mis compañeros para hacerme compartir sus diversiones no servían más que para exasperar mi humor sombrío. Lo que más me irritaba era el encanto que encontraban en las 'alegrías' del carnaval (...), de injurias innobles, de ramerías, de delatores borrachos, de máscaras repulsivas, de caballos derrenegados, de imbéciles que ríen, de necios que admiran y de ociosos que se aburren" (10).

La otra cara de este comentario nos la facilita Ramón Artola Larrañaga, inspirado poeta euskaldun nacido en el primer tercio del s. XIX:

*Guziz egoki daki
gezurrak kontatzen,
egokiyago berriz
dantzan ta kantatzen.
Eta egiten beste
norbaiten papera
iruri arazten du
bestea dala bera.*

*Allegatzen danean
Iñautegi pesta,
echean asko aldiz
ikusiko ez da.
Denetan egiten du
norbaiten papera,
jantzi mudatu asko
oi ditu atera (11).*

(9) Archivo de Protocolos de Guipúzcoa. Tolosa. Leg. 702 —Años 1800/1801—, fols. 71/72.

(10) Hector Berlioz: *Memorias —I—. Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1985, pp. 24 y 168.*

(11) Ramón Artola: *Erriko seme iruchulotarra. Euskal-Eria. Tomo VIII, 1883, pp. 163 y 164.*

Algunos carnavales mentados o aludidos son de tono menor, en expresión que me acerca al mundo musical que llevamos citado, puesto que las carnestolendas se centran de manera especial en el Domingo de Quincuagésima y en el Lunes y Martes siguientes. En este Carnaval nos encontramos con una celebración de fecha movable, y esto en razón de la Pascua de Resurrección, en dependencia de la primera luna llena de primavera.

Las carnestolendas son fiestas profanas. No así las celebraciones que giran en torno a los solsticios, que son expresión rica en ritos de contenido naturista, que subyacen bajo costumbres piadosas de manifestación religiosa.

“El Carnaval es, o por lo menos ha sido —y esto lo tengo notado en más de una ocasión— la fiesta más completa de los hombres. Lo tiene todo: la risa, la barbarie, el disimulo, el miedo, la inquietud y la perfidia humana. Hay en él posos de sentimientos ancestrales, totémicos, que se remontan a las épocas más lejanas” (12).

Tampoco será ésta la primera vez que señalo que el Carnaval que hemos conocido o del cual tenemos referencia concreta es una expresión de desorden y de caos, de la suplantación de la personalidad, de la mimesis y del lenguaje figurado, de la máscara y del disfraz, con bailes fieles a añosa tradición junto a comparsas que travesen las calles en improvisada y sorpresiva actuación.

Por citar un ejemplo de los enmascarados, cuya actuación recoge parte de lo apuntado, traeré a colación los *mudaos* de Isaba, la información se la debo a mi buen amigo Mariano Estornés Lasa, quien me la facilitó hace unos años.

Los *mudaos* eran los enmascarados de Isaba, quienes procuraban no ser reconocidos, y las mozas roncalesas que iban a trabajar la alpargata en Mauleon se disfrazaban después de haber regresado de noche a sus casas respectivas. Había asimismo quienes se enmascaraban en la bordas, para escapar más fácil a ser identificadas.

Estos disfrazados se expresaban en voz distinta a la suya habitual, en falsete, en articulación artificial. De ahí el nombre de *mudaos*, debido a que la voz habitual desaparecía. Este nombre carnavalesco no guardaba relación alguna con el disfraz, con el cambio de ropa.

Una Carta Real Patente del año 1565, moderando la Pragmática de las mercaderías vedadas nos descubre varios productos u objetos de importación prohibida, y entre ellos figura la máscara. De esta manera sabemos que la máscara era objeto posible de importación, en el siglo XVI.

“Se dice que el Carnaval es una fiesta llamada a desaparecer. Lo que se ve es que el pueblo, siempre que se regocija, ‘hace

(12) Pío Baroja: *Los demonios del Carnaval (Vitrina pintoresca)*, *Obras Completas* —V—. Biblioteca Nueva. Madrid, 1948, p. 819.

Carnaval'. De modo que lo carnavalesco, que es lo específicamente popular de toda fiesta, no lleva traza de acabarse. Y desde un punto de vista más aristocrático, tampoco el Carnaval desaparece. Porque lo esencial carnavalesco no es ponerse la careta sino quitarse la cara. Y no hay nadie tan bien avenido con la suya que no aspire a estrenar otra alguna vez" (13).

A esto agregaré este comentario: "Al hombre sin careta no se le conoce nunca (...). Por eso el carnaval es un verdadero contrasentido. Parece que vamos de máscara y nunca como en él nos quitamos la careta.

El Carnaval no es más que un desahogo de la humanidad, que respira tres días quitándose la careta.

Es un breve entreacto en la eterna mascarada de los siglos" (14).

Al fijarnos en el Carnaval hay que tener en cuenta que su celebración debe contar con la debida y precisa libertad para exteriorizar el estado de ánimo del hombre. La falta de libertad ahoga el espíritu que anima a muchas conductas y celebraciones, entre las cuales se encuentra el Carnaval.

Algunas antañonas instituciones poco podían favorecer la celebración de estas fiestas, a nivel colectivo. Es decir, hay que tener en cuenta las instituciones socio/económicas de cada tiempo, y éste es un extremo que con harta frecuencia pasa inadvertido cuando nos interesamos del Carnaval, con visión del presente o del pasado.

El cambio que experimentan las costumbres en las comunidades sencillas o modestas ha sido lento, inadvertido muchas veces a nivel de varias generaciones. Por eso es fácil y frecuente escuchar el comentario: "Esto ha sido siempre así", *au beti onela izan da*. Característica muy acusada de estas comunidades ha sido, y es, su predisposición a colaborar en las más heterogéneas manifestaciones de la vida. La humanidad ha vivido en derredor de unas instituciones que nacen de su misma naturaleza, y lo que acabo de señalar hay que tener presente al estudiar el Carnaval.

Las carnestolendas, tal como las concebimos ahora, han sido de participación colectiva, en su parte principal, pues no debemos olvidar la presencia individual; pero ésta se hallará en razón a su medio, a la sociedad a la cual pertenece.

La cuestación, tan presente en las carnestolendas, es una prueba paladina de solidaridad, y me resultó curiosa la letra de una petición que llevaban a cabo el Domingo de Carnaval, y que la tengo recogida en la aldea alavesa de Heredia:

Bendita sea esta casa Que por dentro está la gloria
Y el albañil que la hizo, Y por fuera el paraíso.

(13) Antonio Machado: *Antología de su prosa. II/Cultura y sociedad*. Editorial Cuadernos para el diálogo, S. A., 1970, pp. 74 y 75.

(14) *La Baskonia*. Año XIV -N.º 481- Buenos Aires, febrero 10 de 1907, p. 197.

Pero señalaré que el laborioso albañil no es tan humilde y sencillo como parece, puesto que ha tenido el lujo de contar con un dios particular. El dios Tutela vela por los albañiles, según figura en una inscripción hallada en Tarragona, y sacados de los útiles de estos trabajadores manuales son asimismo algunos símbolos de la francmasonería.

El Carnaval que ha llegado a nosotros se sujeta, en algunos casos al menos, a cierta programación, que forma lo que denominaré el esqueleto de la fiesta y que, hasta cierto punto, garantiza su continuidad. Son los casos de los carnavales de Laz, Ituren, Zubieta, Zaldondo, Tolosa, etc. Mas, al mismo tiempo, los carnavales que hemos conocido escapan con facilidad a lo apuntado y derivan en dirección al ilimitado campo de lo anárquico e improvisado, donde la mimesis más o menos afortunada tiene relevante presencia. Se hace bueno lo señalado por Aristóteles, cuando dice que el hombre se distingue de los demás animales en que es el más apto para la imitación ("Poética —Capítulo 2.º, párrafo 1.º).

El Carnaval urbano es receptor. Se mueve dentro de un proceso evolutivo y trata de responder a las exigencias festivas cambiantes con el medio de vida, en su celebración se halla presente lo que es actualidad, en un medio u otro. En la vida toda. El Carnaval urbano/callejero fue a menos, salvo excepciones, por su falta de adaptación o incompatibilidad con el mundo reglamentado de nuestros días.

En 1936, acerca del Carnaval de la calle en San Sebastián se hizo el comentario siguiente: "Apenas si hemos visto máscaras en la calle, ni siquiera los niños se han disfrazado este año, sólo encontramos en la parte vieja tres o cuatro mamarrachos y dos o tres marimachos disfrazados de hombres. Pero con llevar la careta puesta todo el año y siendo todo el año Carnaval para muchos, la fiesta de carnestolendas no tiene ya razón de ser..." (15).

Algo parecido anota Emilio Navas en su tomo *Irún en el s. XX (1900-1936)*, acerca de los carnavales del año 1900: "Los carnavales estuvieron desanimados. No se vio una máscara que por su disfraz llamara la atención" (16). Como se puede comprobar, sobre los carnavales hay opiniones para todos los gustos.

El Carnaval rural no es receptor, contemplado desde una perspectiva general. Y señalo esto, porque no se debe ignorar el hecho de la aculturación, del cual, en mayor o menor grado, no escapan los pueblos. Como indico en el prólogo a mi libro *Carnaval de Alava*, las carnestolendas rurales responden a una exteriorización de ánimo, que nace del mismo ser de la comunidad y se proyecta al exterior. Es un Carnaval llevado a cabo en razón de la

(15) *La Constancia* (San Sebastián), del 25 de febrero de 1936.

(16) Emilio Navas: *Irún en el siglo XX (1900-1936)*. Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones. San Sebastián, 1977, p. 357.

vida en contacto con la naturaleza, como se pone de manifiesto en el culto al fuego y en algunos disfraces y farsas, en ocasiones de raíz que arranca del comportamiento en la antañona vida real, y preocupación del estudioso será el distinguir lo esencial y lo accesorio, lo autóctono y lo que pudiese haber de extraño en la materia de investigar.

El teorizante debe apoyarse en el conocimiento del hecho a interpretar, teniendo presente, como puntualiza Arnold van Gennep, que la tendencia a la deformación, tanto a nivel colectivo como individual, nace desde el mismo momento de la observación (17).

Al Carnaval hay que procurar describirlo con calor, color y vida. No hay que estudiarlo en horizontal, hay que contemplarlo en profundidad.

La finalidad de su estudio es vivificarlo, para que sea posible ofrecerlo en el presente, de manera que nos interese en función de un pasado revivido.

Como afirma Malinowski, no hay cosa alguna cuya descripción se halle totalmente desprovista de teoría; pero es asimismo conveniente recordar a Unamuno cuando dice que cuantas más teorías y menos investigación, menos cultura científica.

En cuanto a la máscara y al disfraz citados, debemos tener muy presente que aquello que transforma al hombre en algo imaginario, que lo transforma en aquello que trata de imitar, satisface a una de sus más íntimas necesidades. Y este hecho tiene su expresión en Carnaval, aunque no de manera exclusiva.

El disfraz y la máscara han tenido también carácter religioso, como se infiere por algunas representaciones rupestres y se puede todavía observar en la conducta de algunos pueblos.

Al fijarme en la máscara traeré a colación al comentario carnavalesco que apareció en las páginas del *Diario de San Sebastián* del 18 de febrero de 1882: "El Carnaval viene todos los años a demostrarnos con la careta, que parece el imperio de la mentira, lo terrible que sería la verdad si imperase en el mundo".

La quema y remate de algunos símbolos carnavalescos, que se lleva a cabo casi siempre al atardecer del último día de la celebración festiva, puede ser un nostálgico adiós, una expresión de que algo queda atrás. Debemos tener en cuenta que el hombre ritualiza toda transición, todo cambio de hábitat, status social, etc... etc.

Algunos muñecos/símbolos carnavalescos, como el gigante *Miel Otxin* de Lanz, no nos son conocidos. Mas otros, de la quema o del apaleo de un año, de aquel año que apenas se recuerda, no volvieron más a la vida, desaparecieron quizás para

(17) Arnold van Gennep: *La formación de las leyendas*. Edit. Aita Fulla. Barcelona, 1982, p. 150.

siempre, salvo contadas excepciones, como es el caso del *Marquitos* de Zalduondo.

Entre otros personajes carnavalescos recordaré al *Alikote* de Urdiain; al *Aitandi Txarko* de Ustarroz; la gigante *Amandizarko* de Isaba; al *Aittitxarko* de Villanueva Araquil; a los *Aittun Aundiya* y *Amin Txikia* de Arbizu; al *Atxon Zarkua* de Irañeta; a la familia *Aitezarko* de Yabar, así como al *Hombre Malo* de Ocariz; al *Criminal* de Arriola; a la *Vieja* de Eguilaz; al *Hombre de paja* de Eguino, etc., etc.

He citado al *Aittitxarko* o *Itxitxarko* de Villanueva de Araquil. Pues bien, una vez concluida la pantomima en torno a este personaje se escuchaba al joven que en ronda nocturna copleaba en las calles. De esta manera daba su adiós al Carnaval, remataba las carnestolendas al canto de:

*Vamos a casa mozos,
Que las estrellas van altas
Y la luz del día viene
Descubriendo nuestras faltas.*